

Editorial

EL FUTBOL QUE NO MIRAMOS

Capital Federal; 6 de noviembre de 2008; doce del mediodía; colegio primario.

En las paredes del pasillo están colgados unos cuarenta afiches. La Asociación Gustavo Rivero había impulsado con docentes y directivos actividades artísticas para que los alumnos expresen lo que significa para ellos la violencia en el fútbol.

El director de Pasión sin Violencia recorre con una docente la muestra y se detiene ante un dibujo.

Joaquín, así se llama el autor del afiche, había dibujado un ring en el medio de la cancha, algunos jugadores estaban subidos a él, otros eran observadores pasivos de lo que sucedía en el ringside. La gente que estaba en las tribunas tenía en su cabeza un signo de interrogación.

Que un chico de once años haya representado el fútbol actual de esta forma no es casualidad. Desde hace mucho tiempo, la violencia que ha invadido los espectáculos futbolísticos profesionales y amateurs dejó de ser un brote esporádico para convertirse en una enfermedad endémica, hasta ahora y por lo visto, insanable.

Jornada a jornada observamos simulaciones, patadas con mala intención, que a veces provocan lesiones óseas, insultos, gestos, etc. ¿Acaso el último torneo de verano no llevo a la sala de operaciones a tres jugadores por faltas graves?

Haga memoria, estimado lector, que le paso al uruguayo Gonzalez, a Facundo Quiroga y al pochi Chavez en enero y se dará cuenta a que nos referimos.

Los técnicos no quedan afuera de este círculo de excesos ya que muchas veces adquieren un protagonismo excesivo a raíz de gritos desaforados y reclamos inexistentes.

Por supuesto que hay nobles excepciones. No todos los protagonistas del fútbol actúan con excesiva agresividad.

Se pueden entender las ansiedades, los nervios y las presiones por triunfar, pero no se puede admitir la prepotencia, los golpes arteros, la falsa guapeza y los gestos traicioneros.

El arbitraje ha pasado a convertirse en una función de riesgo. A veces los árbitros pueden cometer errores que luego pueden derivar en situaciones de violencia, pero nada de ello justifica las reacciones desmedidas de los jugadores y técnicos que reclaman continuamente contra el encargado de impartir orden.

Paso casi inadvertido la muerte de un árbitro que dirigía un partido en Itatí, Corrientes, a raíz de la piña de un jugador que le fracturó el cráneo ofuscado por un fallo arbitral durante un cotejo de fútbol de salón. Héctor, así se llamaba el hombre de negro, tenía dos hijos, de 16 y 6 años respectivamente, quienes vieron de cerca cuando a su papá le daban un golpe que terminaría con esta muerte tan absurda.

Es necesario trabajar con los chicos para desmontar la adhesión al exitismo como único objetivo y educar desde las escuelas de fútbol y los clubes contra la cultura de la violencia.

La Asociación Gustavo Rivero ha lanzado un programa para chicos y chicas de 7 a 12 años denominado Educación en Valores dentro de un campo de juego "Si, si señores" bajo el lema Atajando la violencia. Creemos que la educación es el camino a seguir para revertir

la cultura de aguante y las conductas desleales en un campo de juego, de ahí nuestra apuesta a largo plazo en la formación de las jóvenes generaciones.

De esta forma no habrá otros Joaquín que nos inspiren para esta editorial y el respectivo dibujo que ilustra la tapa de este número.